

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL PADRE FELIX, JESUITA, EN LA CUARESMA DEL PRESENTE AÑO DE 1858.

Conferencia I.

NECESIDAD DE SER SANTO.

(Continuacion.)

Ved ahí porque la santidad en un hombre como en un pueblo cristiano es el fruto espontáneo de su cristianismo, y sigue su medida. Por todas partes donde Dios la siembra, sea en un alma, en una familia ó en una nacion, la santidad es como su germinacion propia y como su natural crecimiento.

¿Habeis progresado en el cristianismo? pues yo os aseguro que habeis progresado en la santidad: estos dos progresos se corresponden con una proporcion exacta. ¿Sois mas cristianos? pues tambien sois mas humildes, mas castos, más desinteresados, mas afables, mas pacientes, mas caritativos, mas virtuosos, en una palabra, mas santos. Engrandeciéndose vuestro cristianismo se cubre con el ornato de la verdadera santidad y de la fecundidad de vuestras virtudes como un arbol con la belleza de su follage y con la abundancia de sus frutos.

Por el contrario, si habeis retrogradado en el verdadero cristianismo, yo os aseguro que vuestra santidad ha retrogradado al mismo paso y con la misma medida, y sois menos humildes, menos castos, menos desinteresados, menos caritativos, menos santos, precisamente porque sois menos cristianos. Haced cien veces esta observacion y nunca os engañará. En vano se quiere hacer creer la fecundidad de las virtudes y el crecimiento de la santidad en almas vacias del cristianismo; mejor creeria yo en la fecundidad de las cosechas y en la germinacion de las flores sin necesidad de los rocios del cielo, ni de los rayos del sol. Robais á la naturaleza humana su atmosfera divina: la usurpais la mirada de Jesucristo que es como su sol: la privais de la vida de Jesucristo que es como su savia ¿y os atreveis á exigirla produzca, con la cosecha de las virtudes, las flores celestiales de la santidad? ¡Insensatos! Haced del hombre un desierto y el hombre producirá lo que produce el desierto: ¡Ah! conocemos demasiado la fecundidad de la vida separada de Jesucristo; esta fecundidad, con algunas raras escepciones, no es otra cosa que la fecundidad del vicio. Todo hombre que haga alarde de hacer brotar sus virtudes de las ruinas de su cristianismo, es un mentidor que engaña á los demas engañándose á sí mismo. Si quereis hacer crecer vuestras virtudes, aumentad vuestro cristianismo, porque

elevándose en vosotros se eleva en él la santidad que de él emana, y que no es otra cosa mas que él mismo. Lo que decimos con respecto á un hombre es mas evidente aun cuando se trata de una sociedad. Ensayad, sembrad, haced crecer en un pueblo el verdadero cristianismo sin hacer crecer en él la santidad, y no lo conseguireis; aun cuando cayese en el centro de la nacion mas corrompida, si él puede arraigarse en ella, hará fermentar esta masa de corrupcion y salir de su fermento divino la santidad de los hombres.

IV.

Efectivamente, la historia del cristianismo demuestra con una evidencia tan clara como la luz del sol, que el cristianismo con su propia fecundidad, en todas partes y siempre ha producido en la humanidad generaciones de santos; porque la historia del verdadero cristianismo, es Jesucristo mismo dilatándose en los siglos y manifestándose por medio de prodigios de santidad en los cristianos ilustres.

La santidad, es decir, la virtud bajo todas sus fases elevada al heroismo, es un hecho exclusivamente cristiano. La antigüedad tuvo grandezas que no podemos negar; produjo poetas, oradores, literatos, artistas, filósofos, legisladores, capitanes, héroes, cuya gloria brilla aun con un esplendor incontestable; pero le faltó una sola cosa, producir santos. Ella levantó hombres sobre sus altares á quienés dió á presencia de los pueblos una aureola celestial, pero, notadlo bien, lo que hacia elevar á los altares á los grandes hombres de la antigüedad era la fuerza, la victoria, la celebridad, algunas veces el crimen, pero nunca, jamas la santidad. Estos semidioses puestos de pie sobre los altares del paganismo no eran el hombre elevado hasta Dios, era Dios humillado hasta el hombre; no era la glorificacion dada á la humanidad, era el oprobio lanzado contra la divinidad.

La antigüedad pagana ha podido contar hasta siete sabios en un pais célebre; pero cuando se estudia de cerca la vida de estos santos del paganismo, bien puede preguntarse si ese nombre de sabio era una ironia lanzada á sus filósofos por la Grecia sarcástica. Sea lo que quiera, es lo cierto que bajo el punto de vista del valor moral, esos virtuosos de la antigüedad no serian entre nosotros ni medianos cristianos. El cristiano que cumple con su deber, aun el mas vulgar, deja muy atrás á los sabios de la Grecia. En el fondo de sus virtudes se descubre casi siempre un yo no sé qué que les corrompe; el egoismo se descubre á través de la abnegacion, y el orgullo á través del heroismo. Asi era el mundo antiguo con sus filósofos, sus poetas, sus oradores, sus héroes, sus legisladores, y todos sus más grandes hombres, cuando de repente un fenómeno inesperado asombró con su primera aparicion á este mundo sentado con todos sus personajes ilustres en el seno de sus corrupciones. ¿Qué habia sucedido? El cristianismo acababa de nacer, y ya se revelaba en su historia la necesidad que experimentaba en su vida. La vida de Jesucristo manifestada por los Santos se dilataba en la humanidad con virtudes sobrehumanas, y la historia de la santidad empezando con la historia del cristianismo, escribía en su primera página milagros de virtud.

El cristianismo desde esta hora famosa no ha perdido nunca, ni en la duracion de los siglos, este caracter inimitable; ha guardado el privilegio que Dios reservaba á la única Religion verdadera, el privilegio de la santidad, demostracion imprecadera de la verdad. De ello está tan convencida la Iglesia católica que se atreve á dar este signo de su divinidad á quien la busca; y para aquel que no puede comprender bien la demostracion que brota de su unidad, de su catolicismo y su apostolado, la queda aun esta demostracion siempre popular: el

poder indefectible de producir santos.

Y efectivamente, ¿cuándo ha dejado el cristianismo de producir Santos? Jamas. Seguid en sus dilatados siglos el desenvolvimiento magnífico de la vida cristiana. Al través del tisú variado de su historia, en que las corrupciones de la naturaleza se mezclan con los prodigios de la gracia, siempre y en todas partes aparece la santidad como testimonio permanente del elemento divino, que vive en el cristianismo y se produce en su accion. ¡Ah! esta historia de la santidad cristiana sería una historia dilatada y prodigiosa; yo no pienso hacerla; pero para mostraros en el cristianismo la religion de los Santos, diré unicamente: «Mirad al principio, mirad al medio, mirad al fin.»

En el principio, ¡qué espectáculo tan arrebatador! del seno de un mundo que yacia en la podredumbre y perecia por la escasez de virtudes, se produce un movimiento y aparece una regeneracion moral que no puedo denominar bien sino llamándola una esplosion de santidad. Imaginaos una humanidad verdaderamente nueva, una raza de hombres sin ancetras y sin precedentes, apareciendo de repente coronada con todas las virtudes, elevada á un grado superior de la virtud humana. Imaginaos hombres humildes, obedientes, castos, caritativos, dulces, pacientes, resignados, fuertes, valerosos, intrépidos, heróicos, en fin, en todas las virtudes como nadie lo fue jamas sobre la tierra. Haciendo este cuadro del cristianismo primitivo, en que alguien creeria ver una humanidad idealizada hemos pintado rasgo por rasgo á la humanidad cristiana. Yo no demuestro en este instante todo lo que hay de divino en ese fenómeno que no puede explicar jamas nada de cuanto hay humano. Yo cito un hecho contemporáneo al nacimiento del cristianismo, y este hecho es una florescencia súbita y espontánea de la santidad, es decir, de la mayor y mas poderosa grandeza moral en generaciones enteras.

¿Direis, acaso, que este hecho no es mas que el resultado natural de ese proselitismo ardiente que se encuentra en la cuna de las doctrinas, de las instituciones y de las religiones nacientes? Entonces yo os diré: Saltad doce siglos y heos ahí en el centro de nuestros siglos cristianos. Yo pregunto á esa cima de donde se descubren á la vez las dos vertientes de toda nuestra vida, á esa edad media en que algunos sábios del siglo XIX no ven en su obstinacion mas que decadencia y barbarie, ¿ha perdido el cristianismo su poder de producir Santos? En medio de tantas cosas mezcladas, de tantas razas confundidas, ¿no echa ya raices la santidad? ¿y el cristianismo, doce veces secular, ha perdido la savia que hace germinar los santos?

No, no; tambien entonces la raza de los santos vive y se multiplica en la Iglesia de Dios. Entonces tambien sobre las cimas á que Dios se complace en elevar á los santos ilustres, para lanzar desde mas alto y desde mas lejos sobre los pueblos reflejos brillantes de la faz de su Cristo, se ven aparecer, con la aureola de su santidad, figuras de una magnitud asombrosa; el mundo cristiano ve brillar en el cielo de la Iglesia Católica mugeres como Santa Isabel de Hungria y hombres como S. Luis y Sto. Tomás de Aquino, y en tanto que estos y otros muchos con ellos hacen aparecer sobre las alturas del mundo el astro siempre brillante de nuestra santidad, millares de hombres y mugeres realizan en condiciones mas humildes una santidad no menos sublime. ¡Ah! Es que en medio del caos aparente que parece abrir en esta edad de gran fermentacion la mezcla de pueblos, de razas, de costumbres y de constituciones, el espiritu cristiano pesaba como el soplo de Dios en el dia de la creacion y de esa vasta expansion de la vida cristiana, en el seno de una sociedad sobrecargada aun con tantos elementos de corrupcion humana, se opera una nueva esplosion de

santidad y el mundo católico veía una vez mas elevarse sobre él la gran era de los santos.

¿Os queda alguna sombra de duda sobre la eficacia perseverante del cristianismo para producir la santidad? Entonces mirad á esa faz de la historia cristiana que toca á nosotros y que en parte somos nosotros mismos. Abarcad con una mirada todo el siglo moderno del cristianismo y decidme si ha perdido algo de su inmortal fecundidad. Ese siglo de despedazamientos profundos y de violentas sacudidas que abrió en el seno de tempestades esa nueva edad del cristianismo; ese siglo que vió salir de su seno contra lo que entonces se llamaba la corrupcion católica, aquella protesta que conmovió al mundo religioso y preparó los desquiciamientos políticos, el siglo XVI, en fin, ¿habia visto morir en la Iglesia esa savia de Jesucristo, la única que produce Santos?

El siglo de Sta. Teresa, de S. Juan de la Cruz, de S. Vicente de Paul, de San Francisco de Sales, de S. Felipe Neri, de S. Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola ¿fué un siglo desheredado de Santos? ¡Ah! todos vosotros respondeis. No y mil veces no. Esa es la gran voz de nuestra historia.

Al cabo de quince siglos, la santidad cristiana ha florecido sobre ese viejo tronco del catolicismo cuya sávia se rejuvenece con los siglos, y la Iglesia Católica acusada en aquellos tiempos por hijos revoltosos de no ser mas que una Babilonia prostituida á todas sus corrupciones, ha demostrado á este siglo corrompido su pureza virginal, y para confundir á sus detractores se ha ceñido á si misma una corona de santos.

Hoy mismo, en medio de este siglo cuyas profundas llagas y cuyas enfermedades morales os he revelado ¿creis que podemos desesperar de la santidad cristiana? ¿Creeis que no tenemos Santos en estos dias de maldad? ¡Santos! ¡Ah! ¡Bendito sea el cielo! Yo los hé

encontrado en mi vida, y como en todas las edades de la Iglesia los he encontrado bajo todos los trages, en todos los rangos y en todas las condiciones; y al reconocer en ellos heróicos hermanos míos, yo he dicho sonriendo á mi madre la Iglesia Católica: «Bendita seas, madre mía, tu eres la religion de los Santos.»

Vosotros decis, ¿dónde están los Santos? nosotros jamás los hemos encontrado. Quizás sea así, y esa es la desgracia de vuestra vida. ¡Vosotros no habeis encontrado santos! ¿y en qué caminos los habeis buscado? Vosotros correis por los caminos que conducen á la gloria, por los caminos que conducen á la riqueza, por los caminos que conducen al placer, quizás por los caminos que conducen á la disolucion. ¡Y no habeis encontrado santos! ¡Ah! lo comprendo muy bien; la vida de los santos sigue otros caminos. Id á las vias que conducen á la virtud, á todas las vias que conducen á la abnegacion y al sacrificio, id á los caminos de la cruz, y allí encontrareis santos siguiendo las huellas del Crucificado, y con él pidiendo á su Calvario el progreso de la humildad; allí encontrareis hoy al cristianismo, tal y como fué en todo tiempo y en todas partes: la Religion que hace Santos. Los Santos están en su cuna, los Santos están en el centro de su vida secular, y helos tambien aquí á nuestra vista, mostrando en la santidad contemporánea los frutos de su inagotable fecundidad y atestiguando con la perpetuidad de este milagro, siempre antiguo y siempre nuevo, que como en el cristianismo la verdad es indefectible, la santidad es inmortal.

Todo lo proclama y todo lo revela así, *el cristianismo es la santidad*. Yo lo atestiguo con el ideal que se propone; yo lo atestiguo con la necesidad invencible que siente en el fondo de sus entrañas, yo lo atestiguo con todas las grandes fases de su historia: *el cristianismo es la santidad*. Facil es discernir entre el cristianismo verdadero y el

cristianismo falso. El cristianismo verdadero produce Santos, el cristianismo falso no produce Santos; mirad ahora alrededor de vosotros y decidme, ¿dónde están las doctrinas, las enseñanzas, las instituciones, los hombres, los apóstoles que producen santos? ¿qué santos producen vuestras filosofías? ¿qué santos vuestras academias? ¿qué santos vuestros ateneos? ¿qué santos vuestros libros? ¿qué santos vuestros periódicos? ¿qué santos vuestros apostolados? Pues que no levanten la bandera de Jesucristo. ¡Oh literatos encantadores! ¡oh escritores elocuentes! ¡oh adoradores de la razón! ¡oh apóstoles del progreso! ¡oh soldados de la idea! vosotros que os llamáis cristianos y que haceis la guerra al cristianismo que os ha bautizado, decidme ¿dónde están los Santos que habeis producido? ¿dónde está el jóven que habeis hecho humilde? ¿dónde está el jóven que habeis hecho casto? ¿dónde está el jóven que habeis hecho Santo? ¿Qué cristianismo es ese, que no produce nada de lo que el cristianismo ha producido en todas partes y en todos los tiempos?

Santos hay en nuestros días; Santos son los que rechazan el orgullo del siglo, la codicia del siglo, el sensualismo del siglo, los que desprecian con corazón esforzado y hollan con pié desdenoso los ídolos del siglo. ¿Quién produce esos santos? El cristianismo verdadero, el cristianismo de la Iglesia católica, no ese cristianismo falso que conservando el nombre de Cristo da la mano derecha á Mahoma y la izquierda ó Zoroastro; cristianismo adúltero en que Confucio y Budha tienen su rango gerárquico al lado de Jesucristo. Ya es tiempo de separar y distinguir el cristianismo verdadero del cristianismo falso, ya es tiempo de que se sepa donde están los verdaderos cristianos, de que se les reconozca por este signo, *la santidad*; ya es tiempo de que así como San Pablo, dirigiéndose á los primeros cristianos decía: «A los Santos que están en Corinto; á los Santos que están

en Roma; á los Santos que están en «Tesalónica»; podamos nosotros también decir al enviaros la palabra de Jesucristo: A los Santos que están en Francia, á los Santos que están en Paris.

Rompamos con ese cristianismo blasfemo, en que se puede negar la divinidad de Jesucristo sin apostatar de la religion de Jesucristo: rompamos con ese cristianismo impuro en que se puedan satisfacer las pasiones sin renegar prácticamente de la moral de Jesucristo, con ese cristianismo cruel en que se puede fraguar el asesinato de sus hermanos, sin hacer traicion á la fraternidad de Jesucristo; rompamos, en fin, con ese cristianismo, en que Jesucristo Dios-hombre no es ya ni el ideal ni la vida, ni la accion de los cristianos, siempre impotente para producir con la santidad el verdadero progreso moral. Ha llegado la hora de escoger entre el cristianismo verdadero y el cristianismo falso: el uno es la decadencia, el otro es el progreso, elegid...

P. FELIX S. J.

(Traducida por L. C. y Sol.)

(*La Cruz.*)

Del boletín del Clero eclesiástico del Obispado de Leon tomamos lo siguiente:

REGLAS PRINCIPALES

con las que los Sres. Párrocos podrán arreyclar ellos mismos el calendario en las variaciones del rezo y misa que tendrán que hacer por razon de la ocurrencia dal Santo titular ó patron de sus respectivas parroquias.

Téngase presente que hay octavas tan privilegiadas que no admiten rezo alguno, por clásico que sea, como es de ver en las rúbricas del Breviario.

En ningún domingo del año se puede colocar santo alguno á no ser que sea en aquel día su día señalado, que es lo mismo que su sede propia.

Para la traslacion de los santos se ha de tener á la vista el Calendario per-

petuo de este obispado, puesto al principio del nuevo cuaderno de Santos peculiares de esta Diócesis novísimamente impreso. Los santos que deben colocarse debeu ponerse por el orden de sus sedes, primero los que se encuentran en Enero, por ejemplo, despues los de Febrero etc., á no ser que sean clásicos que se colocan antes que los de rito inferior: asi en el orden de la traslacion primero es el doble de 1.^a clase, sigue el de 2.^a clase, despues el doble mayor, el doble, y por último, el semidoble.

Los titulares y patronos de las parroquias tienen el rito de primera clase con octava, á no ser que ocurran en Cuaresma, pues en este caso se omite la octava.

Si alguna parroquia tiene por titular ó patrono un santo que no esté en el Calendario del obispado, se coloca en el dia que tiene señalado, y el santo de aquel dia que está en el calendario, se pone como á sede propia *in perpetuum* en el primer dia que se encuentra vacío (ó que no tiene señalado santo alguno) en dicho calendario: lo mismo se practica con el santo que debe trasladarse *in perpetuum* por razon del dia octavo del patron, ó titular.

Si alguna parroquia celebra la fiesta de la Dedicacion de su iglesia (que necesariamente debe ser consagrada) se practica lo mismo arriba explicado en orden á la traslacion del santo que en dicho dia está señalado en el calendario.

Como seria una cosa muy difusa el dar todas las reglas, nos ha parecido dar solamente las mas principales, rogando al mismo tiempo á los que se dedican en arreglar las variaciones de sus iglesias lean algunas veces las rúbricas del Breviario, y con los ejemplos que á continuacion ponemos podrán sin mucho trabajo arreglarlas.

UNA FLOR PARA LA SANTA CRUZ DE MAYO.

¡ La Cruz! ese simbolo divino de

la redencion del hombre, ese recuerdo de los grandes misterios, es hoy objeto de la adoracion de la Iglesia Católica, que al celebrar su invencion entona cánticos de alegria.

Si los esfuerzos de la perversidad lograron ocultar por espacio de tres siglos el lecho de muerte de un Dios, el heroismo, la virtud y la fé ensayaron sus fuerzas, y venciendo obstáculos, descubrieron por fin la cuna de la vida de los hombres.

La Cruz que se levantó en la cumbre del Gólgota como emblema de ignominia, se convierte en trono de la divinidad, la Cruz, que los hombres miraban como instrumento de su justicia, es hoy el simbolo de la misericordia; la Cruz, que antes fuera el castigo de los crímenes, es ya el galardón de la virtud; la que antes era patíbulo de delinquentes, se transforma en ara de adoracion.

El orgullo del hombre, violando los preceptos, alarga su mano para tomar del árbol de la vida el manjar de la inmortalidad; y la humildad del hijo de un Dios estiende las suyas en el leño de la muerte para reconquistar obedeciendo la vida que el hombre perdió prevaricando.

El hombre intenta hacerse en el paraíso igual á su Dios; y su Dios se somete en el Gólgota á la ley de las criaturas: el hombre opone á su Dios la fuerza del orgullo, y Dios enseña á los hombres la resignacion y la humildad.

La Cruz se levanta como mediadora entre las iras de Dios y los pecados del mundo: la Cruz reconcilia la humanidad con la Divinidad; de la Cruz salen á raudales las aguas de la purificacion, y la Cruz, tinta en la sangre de la inocencia, es el templo donde se hace la redencion. Desde entonces se humilla el mundo para adorar lo que antes escarnecia: desde entonces cesa el influjo de la fuerza y empieza el imperio de la razon: desde entonces se convierte en signo de honorífica distincion lo que antes era padron de ignominia, Y los Reyes

y los Emperadores la engastan en sus coronas y diademas; y las legiones y los ejércitos dejan sus águilas y sus emblemas de supersticion para adoptarla como el paladion de sus libertades y sus glorias; y los valientes, los caballeros y los héroes la ostentan en sus pechos, como escudo que los preserve de los tiros que asesta la impiedad.

Las religiones antiguas ensayaban el fuego y el hierro para sostener sus estravios, para imponer su aceptacion; la religion del Crucificado se arma con la Cruz; aquellas enviaban sus desordenadas cohortes y turbas para imponer la religion de los crímenes; esta se vale de los misioneros para inspirar el amor á la virtud: aquellas marchaban al grito de guerra á las voces de castigo; y estos pronunciando *arrepentimiento y perdon*. La fuerza de las armas sucumbió á la de la Cruz; y estinguendo las enemistades de los hombres, estableció la caridad y el amor, y el olvido y perdon de las ofensas.

La Cruz es el vínculo de la fraternidad; la Cruz es el asilo de la desgracia: la Cruz es, en fin, el muro de nuestra defensa. Por ella somos hermanos; en ella encontramos el alivio de nuestros males, el consuelo en la desolacion; con ella triunfamos de las pasiones, y con ella sola triunfaremos de la revolucion.

El amor que nuestros padres la profesaban, la esperanza que en ella depositaron, la fe que en su influencia tenían, los impulsó á exaltarla sobre los alcázares y torres, sobre la morada del rico y la cabaña del pobre. El padre la fija en la cuna de su hijo; y el hijo la graba con mano trémula en el sepulcro de su padre.

La revolucion que conoce nuestra fe, que está persuadida de lo que la cruz representa, se empeña en arrebatarnos ese signo de nuestras creencias, y funde en el crisol de su avaricia las que formadas de oro y preciosos metales eran el adorno de nuestras iglesias. Pero poco importa; si se nos niegan

los metales, pediremos á las flores sus tallos, al mar sus conchas; pediremos á los bosques sus maderas; con ellas las formaremos, y ante ellas nos prostraremos porque en una *Cruz de madera murió nuestro Redentor*. Y si aun nos arrebatáis las que formemos con materias de tan poco valor, sabed que para privarnos de su vista necesitáis destruir la naturaleza del hombre, que solo abriendo los brazos se constituye en signo de su redencion.

LEON CARBONERO Y SOL.

A LA SANTA CRUZ

HIMNO TRADUCIDO DEL ITALIANO EN EL MISMO METRO.

CORO.

*La Cruz santa viva!
La Cruz, que es mi gloria.
¡La Cruz santa viva
Y quien la exaltó!*

Almas elegidas,
Venid al esposo,
Que dulce reposo,
En ella encontró. = *La Cruz etc.*

Feliz aquel pecho
Que solo está dado
Al Dios enclayado
Que tanto le amó. = *La Cruz etc.*

Venid doseosos
El gozo sintiendo
Que solo sufriendo
Hallar se logró. = *La Cruz etc.*

En penas tan dulces,
¡La placida calma
Que queda en el alma,
Decir quien osó? = *La Cruz etc.*

Bendito aquel pecho,
Que el mundo olvidando,
A Cristo espirando,
A solas halló. = *La Cruz etc.*

Espinas cual rosas,
Oprobios cual gloria,
La Cruz cual victoria,
Por Cristo estimó. = *La Cruz etc.*

En medio á las sombras
Jesus es su guia,

Las sombras en día
 La cruz convirtió. = *La Cruz etc.*
 Con dulce atractivo
 El alma arrobada
 En Cristo encerrada
 Vivir ya pensó. = *La Cruz etc.*
 Esclama gozosa;
 «No soy quien existo,
 Pues vive en mí Cristo
 Que así me llamó.» = *La Cruz etc.*
 La Cruz es hoguera,
 Que en Dios nos inflama;
 Su vívida llama
 ¿Qué no consiguió? = *La Cruz etc.*
 Y allí nos prepara
 Convite el amante:
 Que venga anhelante,
 Quien lo deseó. = *La Cruz etc.*
 Cordero divino
 En Cruz enclavado
 Por nuestro cuidado
 Amando espiró. = *La Cruz etc.*
 Corred á tal mesa,
 Que nutre y que sacia,
 Y al alma por gracia
 Con Dios estrechó. = *La Cruz etc.*
 Con sed amorosa
 Bebamos del vino,
 Que de amor divino
 Jesus embriagó. = *La Cruz etc.*
 En tí, Cruz querida,
 Me pierdo y me encuentro,
 Y Cristo es mi centro,
 Por suyo me dió. = *La Cruz etc.*
 Oh! estado divino!
 Al cual llega ufano
 Quien tibio y lejano
 De tí se encontró. = *La Cruz etc.*
 La Cruz santa viva
 La Cruz, que es mi gozo;
 La Cruz Santa viva
 Y quien la exaltó. = *La Cruz etc.*

P. F.

DESPEDIDA AL PATRIARCA SEÑOR SAN JOSE.

Venid los que cantamos
 Misterios de la fé,
 Venid los que te amamos

Glorioso S. José.

Venid los pecadores
 Y en dúlcido cantar
 Cubrid con blancas flores
 El ara de su altar.
 Resuene en el Sagrario
 El cántico de afán,
 Y queme el incensario
 El místico arrayán.
 Y lleguen hasta el Cielo
 Ligeros y veloces
 Los ayes del consuelo
 El eco de las voces.
 Venid y prosternados
 Humildes con virtud
 Orad alborozados
 En plácida quietud.
 Orad arrepentidos
 Diciendo en vuestra fé
 Adios entristecidos,
 Adios á S. José.
 Adios al dulce Esposo
 Orgullo de María
 Al hombre mas glorioso,
 Al ángel de alegría.
 Adios al Serafin
 Del cielo hermosa luz,
 Amor sin medio y fin
 Al Padre de Jesus.
 Adios al escogido
 Castisimo José,
 Esposo bendecido,
 Lucero de la fé.
 Adios á la esperanza
 Que gloria y bien encierra;
 Al Astro de bonanza
 En mares y en la tierra.
 Venid y arrepentidos
 En cánticos de fé.
 Decid entristecidos
 A Dios á S. José.
 Del Sol de Nazaret
 Corred siguiendo en pos,
 Decid á S. José
 Adios, Adios, Adios.

Sevilla 4 de Mayo de 1838.

EDUARDO F. COTTILLA.

TOLEDO.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
 CALLE ANCHA NUM. 34.